

ESTUDIO

La Formación continua de los Religiosos

por Cyril de Souza, S.D.B.

Introducción

La finalidad de esta intervención “Formación Continua de los Religiosos” hay que situarla en el contexto general del problema de los religiosos que tienen dificultades en su vida consagrada, y podría considerarse como un medio para afrontar el problema de la crisis vocacional, o más en particular la crisis de fidelidad a la propia vocación.

Podrían darse un número de motivos específicos por los que un religioso pudiera tener dificultades con la consagración religiosa o con la llamada vocacional. Podría ser a causa de los problemas que uno tiene en la vivencia y en la práctica de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Podrían ser también problemas de la vida comunitaria o de relaciones interpersonales. Otras dificultades podrían también surgir de algunas dudas sobre la propia llamada religiosa, o problemas de oración, o de una relación íntima con Dios o con Jesucristo. Todos estos son temas específicos y tienen que ser afrontados directamente y, podríamos decir, a veces con intervenciones terapéuticas apropiadas, incluidas la dirección espiritual, acompañamiento psicológico y la terapia personal, o de grupo y similares.

La formación continua de los religiosos, podría en casos particulares incluir tales servicios. Pero, el énfasis total de esta aportación va más en la línea de visualizar la formación continua como un medio que pudiera contrarrestar la presentación de dudas, o problemas o dificultades con relación a la propia vocación. Por lo tanto, sería mejor considerar esta propuesta de la formación continua como un medio preventivo para desbaratar una crisis en la vocación de un religioso.

Clarificaremos primero qué significa formación, formación continua y formación continua religiosa, con un análisis profundo de los dinamismos inherentes a la formación continua religiosa. Un aspecto importante que intento presentar es el carácter transformador de la formación continua y lo haré examinándolo desde los puntos de vista psicológico y espiritual. Este análisis será seguido de un examen de las dimensiones y del contenido de la formación continua. Finalmente, para concluir este excursus, veremos algunas sugerencias prácticas desde el punto de vista pedagógico.

1. Clarificación de terminología

Antes que nada, necesitamos aclarar el significado de la palabra “formación”. Etimológicamente, se deriva del verbo latino *formare*, que significaría “moldear”.

En la literatura pedagógica, sin embargo, hay tres palabras que no deberían confundirse con “formación”, aunque tengan un significado y una acción semejantes. Estas son “educación”, “instrucción” y “aprendizaje”¹. Mientras la “educación” toca a toda la persona en su proceso de socialización, la “instrucción” es el acto educativo por parte del educador que intenta transmitir un contenido de conocimientos, y el “aprendizaje” es el acto por parte del que es educado, en respuesta a lo que se le ofrece en el acto de la acción de educar.

El término formación va más allá de estos tres conceptos y su ámbito es una noción mucho más atractiva tanto para el formador como para el formando. En algún sentido, la formación podría identificarse con la “educación”; pero, en su sentido pleno, tiene un aspecto y una dimensión que son mucho más exigentes. Esto es así porque la “formación” no es un acto particular, que se realiza en un momento determinado de la vida de uno (como en el caso de la educación o el aprendizaje). Ni tampoco es una simple transmisión de algún contenido particular (como la enseñanza). “La Formación” debe entenderse como un proceso que realiza una transformación en la persona y que afecta a todo el modo de ser de la persona².

En este sentido, “la Formación” es un proceso a lo largo de la vida. Por fines prácticos se pueden pensar, programar o facilitar varios

¹ Cf. C. NANNI, “Formazione”, en J.M. PRELLEZO - C. NANNI - G. MALIZIA (Eds.), *Dizionario delle Scienze dell'Educazione* (Elledici: Leumann TO 1997), p. 432.

² Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *La Promoción religiosa y humana* (12 agosto 1980) (S. Paul Editions: Boston 1980), n. 33.

estadios de formación pero por su misma naturaleza, la “formación” dura toda la vida y por lo tanto se puede decir que la formación finaliza sólo con la muerte³. El sentido y significado plenos de “la educación”, en nuestro caso, de “la formación”, consisten en crear seres humanos que sean capaces de integrar sus vidas⁴. Dado que nuestras vidas están siempre modificándose por distintos acontecimientos, hechos y relaciones, esta tarea de integración debe realizarse constantemente, a lo largo de toda la vida, y eso conduce a reorganizar y reestructurar la propia vida.

La formación de los religiosos es el desarrollo de la persona humana hasta el punto en que uno logra el sentido de su responsabilidad en el uso de la libertad⁵. Lo que se espera es que el religioso se esfuerce por crecer en la vida del Espíritu, en fe, esperanza y caridad siguiendo íntimamente a Cristo, y en constante conversión del corazón. Por lo tanto, en este sentido, la vida religiosa es un proceso de aprendizaje continuo, en el que uno debe avanzar incesantemente en conocimiento para servir mejor al Señor. La enseñanza coherente de la Iglesia es que el religioso debe estar comprometido a lo largo de su vida a desarrollar y completar su formación espiritual, doctrinal y técnica o profesional con constancia y esmero⁶.

2. Comprensión de la formación continua de los religiosos

La formación continua de los religiosos se entiende como la personalización constante o la interiorización de la vida de Cristo. Consiguientemente es un proceso de aprendizaje, que implica cambio, crecimiento y transformación de la persona. Se nos dice que desde el punto de vista del Derecho Canónico, la profesión perpetua es el punto de llegada, y al mismo tiempo es el punto de partida en la vida religiosa, vivida en el instituto progresiva e íntegramente, y exige la profundización constante en la formación respondiendo a las necesidades siempre nuevas, haciendo así al religioso capaz de una fidelidad dinámica al designo de Dios en las circunstancias cambiantes y las necesidades de la Iglesia y del mundo⁷.

³ Cf. K. BELSOLE, “Una cuestión de modelos en la Formación Continua”, en *Spirit and Word* (1995) 17, p. 76.

⁴ Cf. J. KRISHNAMURTHI, *Educación y el significado de la vida* (Fundación Krishnamurthi de la India: Madrás 1953), p. 14.

⁵ Cf. H. GRAY, “Integrando las necesidades humanas en la Formación Religiosa”, en *Revista para los religiosos* 53 (1994) 1, p. 134.

⁶ Cf. *Ibid.*, p. 126.

⁷ E. BAMBARI, *Vida Religiosa, según el Concilio Vaticano II y el Código de Derecho Canónico* (Edic. San Pablo: Boston 1986), p. 250.

En este sentido, la formación continua se considera más familiarmente que comienza sólo después de que la formación inicial se haya completado, cuando el religioso es un adulto maduro y posee una motivación profunda y una capacidad para renovarse y perfeccionarse a si mismo constantemente. No obstante, debe advertirse que hablando con propiedad, la formación continua debería entenderse más concretamente como una acción que tiene su comienzo justo al principio de la formación religiosa, y se compone de niveles diferentes de aprendizaje, cada uno de los cuales tiene metas intermedias ya que el individuo adquiere conocimiento, experiencia, habilidades y competencias. Cada uno de estos niveles sirve a la formación completa del individuo creando condiciones favorables de tiempo y lugar y proporcionando suficiente empuje para el crecimiento en la vida religiosa.

Así, debemos considerar la formación como continua, incluso aunque en la práctica se divida en diferentes etapas. Por lo tanto, podemos tener formación en el periodo anterior al noviciado, que tiene sus metas específicas para ayudar al candidato a prepararse para el noviciado. El noviciado a su vez proporciona la formación específica para ayudar al novicio a prepararse a la primera profesión religiosa, que es continuada por una formación después del noviciado, que tiene también metas específicas para ayudar al joven religioso a poner en práctica y profundizar los principios dados en los periodos anteriores del crecimiento vocacional.

Los diferentes estadios de la formación continua religiosa proporcionan experiencia, preparación para nuevas responsabilidades y también una relectura de la propia vida, de tal manera que cada religioso, ayudado por factores externos, sea capaz de alcanzar el nivel de madurez humana y espiritual y sea capaz de ejecutar el trabajo que debe hacer en su vida. Se espera que el individuo conozca la situación, los desafíos y las exigencias de la llamada vocacional que ha recibido.

De esta forma, toda la acción de la formación es un proceso donde el individuo se hace más y más un discípulo de Cristo⁸. De este modo, la formación llega a ser un proceso de conversión y transformación. Tiene en cuenta la adopción de un cierto estilo de vida cristiana con sus propias expectativas y responsabilidades y el desarrollo de una espiritualidad específica.

La formación continua se convierte así en gestora del crecimiento continuo de toda la persona hasta promover un compromiso más

⁸ Cf. D.F. O'CONNOR, *Testimonio y Servicio. Preguntas sobre la vida religiosa hoy* (Edic. Paulinas: Nueva Cork 1990), p. 61.

profundo y más pleno con la persona y la misión de Cristo. No se trata solo de dar más información o conocimiento, o de lograr personas que estén mejor informadas. Eso solo es parte del cuadro, pero sobre todo se trata de ayudar a la persona a creer más en si misma, a creer más en la vida, y a creer más en Cristo. Esto exige una conversión continua en la que una persona avanza en el crecimiento hacia una más completa realización de la plenitud de la persona de Cristo dentro de uno mismo.

3. Razones para la formación continua de los religiosos

A nivel práctico, podemos enumerar tres razones que nos dicen que la formación continua es importante para la vida religiosa. La razón primera y básica para la formación continua de los religiosos está relacionada sobre todo con los desafíos de la cultura contemporánea y la sociedad actual a una fidelidad constante a la propia vocación religiosa. Vivimos tiempos de cambios culturales, rápidos y radicales, que necesitan un modo constantemente renovado de afrontar las exigencias de la cultura.

Los tiempos constantemente en cambio también piden formas nuevas y frescas de lectura, discernimiento e interpretación de los signos de los tiempos. Ésta es la segunda razón que justifica la necesidad de tal formación continua, en la que los religiosos se actualizan fielmente por medio de la lectura, el discernimiento y la interpretación de los signos.

Finalmente, a medida que el individuo crece y madura en su vida humana y espiritual, los nuevos elementos que llegan a ser parte y parcelas de la propia experiencia necesitan ser adaptados dentro de la percepción general y vividos en la propia vocación. Esto exige repensar la visión propia de la vida y el significado de la vocación religiosa. Esta es la tercera razón que justifica una actualización constante que se hace efectiva por medio de la formación continua.

Completando estas razones de una forma más esencial y existencial, debe advertirse que Juan Pablo II en su exhortación apostólica, *Vita Consecrata*, señala que tanto en el caso de los institutos de vida apostólica como de los de vida contemplativa, en ambos casos la formación continua religiosa es un requisito intrínseco de su consagración (VC 69). En su opinión, la formación religiosa no es prerrogativa de ningún grupo de edad, sino que debido a la fragilidad humana y a las limitaciones, ninguna persona consagrada puede pretender estar completamente formada para ese género de vida. Por la consagración religiosa se espera que el individuo dé vida a la “nueva criatura” que en cualquier circunstancia de la vida refleje la misma

mente de Cristo. Este es un proyecto para toda la vida que requiere una disposición básica y una preparación por parte del individuo para formarse cada día de su vida⁹.

4. La dinámica de la formación continua religiosa

Un análisis más profundo de las acciones que implica la formación continua religiosa revela los dinamismos de esta actividad. Los expertos en educación y formación nos proporcionan un análisis del proceso desde puntos de énfasis diferentes, e iluminan distintos aspectos de una misma realidad. En general, hay tres énfasis y, aunque mencionemos solamente los nombres de tres expertos, Paul Grièger, Sante Bisignano y Amadeo Cencini, estos tres aspectos son compartidos, en realidad, por otros muchos. Examinaremos ahora estos tres énfasis y, eventualmente, trataremos de sintetizarlos para elaborar nuestra comprensión de la formación continua religiosa como un medio preventivo para salir al paso de la crisis de vocación.

4.1. El proceso de formarse

La comprensión de Paul Grièger de la formación continua ha crecido en el contexto de la formación secular. En ese contexto observa que un individuo no debe considerarse como un ser estático, ni tampoco como un ser cuyas habilidades y fuerzas adquiridas se deterioran y decaen. Cree que el individuo respondiendo a los estímulos educativos está en un proceso de evolución y desarrollo de sus fuerzas personales que comprende los elementos físicos, psíquicos y espirituales. Por consiguiente, la persona humana esencialmente vive una vida de crecimiento, desarrollo y madurez¹⁰.

Hay una fuerza conductora dentro del ser humano que le impulsa a ser un adulto maduro y una persona responsable, y esto se complementa con el objetivo profesional que tiene todo educador. En este proceso de crecimiento hacia la madurez en la educación, así como en la formación, existen cuatro estadios a través de los cuales el individuo tiene que pasar, porque incluyen las cuatro etapas en el proceso de educación o formación: conocer (*sapere*), saber cómo obrar (*saper fare*), saber cómo ser (*saper essere*) y saber como llegar a ser

⁹ Cf. K. McALPIN, "Conversión. Una selección de la Palabra de Dios", en *Revista para los Religiosos* 61 (2002) 1, p. 49.

¹⁰ Cf. P. GRIÈGER, "La formación permanente problema nuevo para los Institutos religiosos", en AA.VV., *La formazione permanente nella vita religiosa. XXII Convegno "Claretianum"* (Editrice Rogate: Roma 1987), p. 12.

(*saper diventare*). Para adentrarnos en la dinámica de la formación continua es necesario que el individuo aprenda a aprender (*imparare a imparare*) que es característico de la formación inicial, y debe madurar el deseo de aprender a llegar a ser (*imparare a divenire*)¹¹.

El ser humano desde el nacimiento hasta la muerte no cesa de realizarse y ser conducido. El deseo de esforzarse por la perfección le empuja constantemente a ser mejor y estar más cualificado, y ésta es una característica muy importante para un proceso sano y viable en la formación continua. Para responder a estas características personales, el proceso de la formación continua religiosa y los responsables de propiciar tal formación deben garantizar la existencia de diversas capacidades pastorales y profesionales. Los aspectos doctrinales o teóricos deben ser reformulados para encontrar nuevos caminos para el pensamiento adulto. Debe haber nuevas técnicas que se ofrezcan a todos los niveles para salir al paso de las nuevas responsabilidades que el individuo debe asumir.

4.2. Una triple fidelidad

En opinión de Sante Bisignano, un individuo está en constante proceso de madurez, y este proceso dura hasta el final de la propia vida. Lo mismo es cierto hablando de la persona consagrada. Existe un proceso continuo de crecimiento de todos los elementos constitutivos de la vida religiosa, y por consiguiente, la formación continua religiosa debe entenderse dentro de esta perspectiva. La formación continua no puede limitarse a algunos momentos cronológicos concretos en los que se proporciona un servicio formativo. Tampoco puede restringirse a algunos periodos intensos en la vida del religioso (un retiro espiritual, un curso de actualización, programas de capacitación profesional etc.)¹². La formación continua religiosa esta íntimamente relacionada con el procedimiento regular de crecimiento de la persona consagrada y con cada momento de su existencia.

Para una mayor comprensión de la formación continua, uno debe visualizarla como un crecimiento integral del individuo. Así como el individuo está en un proceso continuo de madurez, también los aspectos relacionados con su consagración están en continua maduración hacia la plena realización de uno mismo en Cristo. Dentro de

¹¹ Cf. P. GRIÉGER, "La formazione permanente negli Istituti Religiosi. Organizzazione pedagogica", en *Vita Consacrata* 18 (1982) 3, p. 197.

¹² Cf. S. BISIGNANO, "Itinerario di formazione alla vita religiosa", en AA.VV., *Vita consacrata: un dono del Signore a la sua Chiesa* (Elle Di Ci: Leumann TO 1994) p. 314.

un instituto religioso específico ésta maduración está embellecida por el carisma específico del fundador de ese instituto.

Hay diferentes elementos que conforman la vida de la persona consagrada (vida interior, vida apostólica, vida afectiva, relación interpersonal, intimidad con Dios etc.), y en el proceso de crecimiento y maduración, cada uno de estos elementos, y todos ellos, deben crecer por igual. Tal crecimiento integral tendrá lugar por medio de la asimilación continua de los valores evangélicos, la oración y el estudio de la palabra de Dios, y la participación plena en los sacramentos.

En términos de crecimiento integrado, la formación continua debe dirigirse a la plena madurez de la persona consagrada. Esto tendrá ciertamente en cuenta la psicología del individuo así como la intensidad del crecimiento espiritual de la persona. Por consiguiente, el individuo es la medida de su crecimiento, porque el individuo es el sujeto principal de la formación. Consiguientemente, hay necesidad de clarificar los objetivos principales de la formación. Por eso habrá que hablar de la triple fidelidad que comprende todos estos objetivos.

En la maduración y el crecimiento de la consagración personal hay tres puntos de referencia, cada uno de los cuales tiene que ser evidente y visible: 1. El seguimiento de Cristo, es el primero y fundamental criterio de conversión, es decir, seguir a Cristo pobre, casto y obediente en las situaciones de cada día. 2. El segundo criterio consiste en vivir tan bien como sea posible el mensaje del evangelio y los valores evangélicos hasta el punto de ser testigos válidos para el mundo; y 3. El tercer criterio consiste en el compromiso de la misión eclesial a través del cumplimiento del servicio a la humanidad en el mundo¹³. Estas tres fidelidades son puntos de referencia del proceso de maduración del religioso: fidelidad a Cristo; fidelidad a la humanidad; y, fidelidad a la Iglesia.

4.3. Crecimiento integrado y unificado

Analizando el desarrollo del término “formación continua”, Amedeo Cencini lo entiende como único camino para favorecer el crecimiento real de la persona humana, que no permanece meramente a nivel intelectual, sino que llega a estar integrada y unificada en la personalidad del individuo. La falta de una tal formación continua podría tener un efecto debilitador y frustrante en la persona humana,

¹³ Cf. S. BISIGNANO, “La formazione permanente: linee fondamentali, criteri e itinerari”, en AA.VV., *La formazione permanente nella vita religiosa* (Editrice Rogate: Roma 1984), pp. 54-55.

porque los elementos constitutivos de la consagración permanecen desintegrados y dispersos.

Para la finalidad de la formación continua religiosa, Cencini destaca la necesidad de trabajar para construir la unidad y la integración en la vida de uno. Por eso la motivación personal y la convicción de parte del individuo son factores importantes que estimulan a uno hacia dicha formación a lo largo de la vida. Puesto que el compromiso en la vida diaria tiende a distraer a uno, hay necesidad de una acción continua a favor de la concentración y la centralidad con la intención de dar coherencia a la vida de uno mismo. Así, la formación continua religiosa debe entenderse como un proceso para recuperar y restaurar como un todo unificado lo que es realmente central en la vida de una persona consagrada. La palabra clave sería “pertenencia radical” de tal manera que todos los elementos de la vida de uno están enfocados, centrados, integrados y unificados en la elección y en la vivencia de la propia vocación¹⁴.

Cuando se cultiva esta intención de unificar y el individuo es dócil, entonces el agente principal de la formación, Dios nuestro Padre, es capaz de construir y reconstruir pacientemente la persona consagrada según la imagen de su Hijo Jesucristo. Tal acción cubre la vida entera de uno, y exige una disposición diaria de parte del religioso a responder con la conversión, la renovación, la auto-donación y la santidad.

Es por esta razón que Cencini considera la docilidad constante y la disposición de parte del religioso a estar en formación permanente como un requisito fundamental. La docilidad se expresa en actitudes específicas que deben acompañar siempre al individuo: vigilancia, discernimiento, ascetismo, oración, estudio, implicación en el apostolado, participación en la vida de la comunidad, y evaluación a nivel personal y comunitario. Estas actitudes deben acompañar al religioso durante toda la vida.

5. Formación continua como transformación

La formación continua de los religiosos se entiende con frecuencia como una acción “de consolidación”, en virtud de la cual, el propósito inicial del individuo a la llamada vocacional se clarifica más a través de las diferentes fases de formación, se fortalece y se hace más madura constantemente. Cuando el individuo comienza a responder

¹⁴ Cf. A. CENCINI, “An Institution at the Service of Formation”, en F. IMODA (Ed.), *A Journey to Freedom. An Interdisciplinary Approach to the Anthropology of Formation* (Peeters: Leuven 2000), p. 438.

a la llamada vocacional él o ella comienza a ser consciente y a comprender, paso a paso, etapa a etapa, las implicaciones más profundas de la llamada y de la respuesta correspondiente.

Así, existe una profundización gradual y un crecimiento continuo de aquella respuesta inicial hacia la plenitud de la imitación de Cristo y un crecimiento lento y firme en llegar a ser perfecto así como el Padre Celestial es perfecto. Todo esto comprende la dimensión fortalecedora de la formación continua religiosa.

Hay otro aspecto, no obstante, con relación a la formación continua que no debe ser olvidado y que se refiere a la “transformación”. Además de consolidar la respuesta a través de una constante formación permanente, el individuo en su crecimiento vocacional realiza la necesidad de una constante transformación en el proceso de la imitación de Cristo y en llegar a ser perfecto como el Padre Celestial es perfecto. ¿Qué es verdaderamente esta transformación? ¿Cuáles son sus implicaciones?

La etimología de la palabra *transformación* nos da una comprensión mejor de lo que eso implica. La palabra *transformación* está formada por dos palabras latinas, *trans* y *forma*, donde *trans* podría significar, “a lo largo de, sobre, en la otra parte”. En combinación con *forma* significaría literalmente “un cambio de forma”, y de acuerdo con su uso, podría referirse a cualquier tipo de cambio; por ejemplo, un cambio de carácter, o de estilo de vestir, e incluso mucho más importante, de conciencia¹⁵.

Es esta clase de transformación la que ahora vamos a considerar; sin embargo, desde el principio debemos señalar que es un proceso complejo que implica pensamientos y sentimientos. El aprendizaje transformador tiene consecuencias de más largo alcance sobre la personalidad, que ninguna otra clase de aprendizaje. Es un aprendizaje experimental que configura al aprendiz y produce en él un impacto significativo hasta el punto de afectar a las experiencias posteriores mismo. En un proceso de aprendizaje transformador la “perspectiva significativa” de uno cambia. La perspectiva significativa” se refiere a la visión total global de uno, que comprende el conocimiento específico, valores y creencias. Normalmente la perspectiva significativa de uno se forma pasivamente a través de las experiencias de la propia niñez, durante la juventud y la edad adulta joven. Estos elementos actúan como un filtro para percibir la realidad presente y para determinar cómo organizar e interpretar las propias experiencias normales. A través del proceso de la formación continua, el religioso debe

¹⁵ Cf. M. STEIN, *Transformation, Emergente of the Self. The New Dictionary of Catholic Spirituality*, p. 967.

adquirir conocimiento de sí mismo, y por el discurso racional y la reflexión crítica explorar las profundidades y el significado de los elementos que constituyen la visión global de uno en orden a producir una visión global más inclusiva. El éxito de este resultado se valora por el desarrollo de mayor autonomía como persona¹⁶, que en cierto sentido también define la condición de la edad adulta.

El aprendizaje transformador puede obtenerse sólo en el caso de que uno utilice las herramientas de la reflexión crítica y el discurso racional para llegar a un conocimiento de uno mismo que es total, profundo y duradero (efectos psicológicos). Con el mismo énfasis debe añadirse que este aprendizaje que transforma reorganiza la perspectiva de uno, afectará grandemente a la intimidad de la relación y visión que uno tiene de Dios y otras realidades espirituales (efectos espirituales). El desarrollo completo de los valores religiosos y de la santidad cristiana en el alma son inconcebibles si un hombre no comienza con una mente sana, bien equilibrada en sus actividades¹⁷. Esta afirmación parece implicar que cualquier deficiencia en la salud mental sería un obstáculo para un desarrollo espiritual pleno. Supone, además, que ese crecimiento psicológico y ese crecimiento espiritual están interrelacionados. Cuanto mayor sea la madurez psicológica conseguida mayores serán las posibilidades para el desarrollo espiritual.

5.1. Aspectos psicológicos de la transformación

Desde el punto de vista psicológico, la transformación es un proceso que efectúa una forma nueva de vida, algo diferente a la anterior. No significa que la personalidad haya cambiado, sino que hay un nuevo centro interior de valor y dirección. Hay una nueva conciencia en esa persona. Eric Erikson, Erich Fromm y Carl Rogers investigan los elementos que acompañan la transformación personal. Estos psicólogos creen que la madurez humana es un proceso de toda la vida y un resultado de las experiencias de la vida. Insisten en que la transformación es un crecimiento gradual que se realiza en libertad. También enfatizan sobre la apertura a la experiencia y consideran la propia realización como una meta de la vida.

¹⁶ Cf. J. MEZIROW, *Dimensión transformadora del Aprendizaje Adulto*, pp. 145-146.

¹⁷ M.J. O'BRIEN - J. STEIMERL, *Psicological Aspects of Spiritual Development* (The catholic University of America Press: Washington 1965), p. 23.

5.1.1. *Erick Erikson*

Para comprender mejor el pensamiento de la transformación en Erikson necesitamos tener una comprensión de su propuesta sobre los ocho estadios del ciclo de la vida para conseguir la edad adulta madura, y a través de estos pasos él muestra una visión panorámica del crecimiento psicológico del ser humano. En cada uno de ellos enumera las actitudes positivas y negativas, juntamente con las fuerzas básicas emergentes y las antipatías básicas en cada etapa.

Su suposición básica es que la existencia de un ser humano depende en cada momento de tres procesos de organización, que deben complementarse uno a otro. Existe el proceso biológico de la organización jerárquica de los sistemas orgánicos que constituyen el cuerpo (*soma*), está el proceso psíquico que organiza la experiencia individual por medio del ego síntesis (*psyche*) y, finalmente, está el proceso comunal de la organización cultural de la interdependencia de la persona (*ethos*)¹⁸. El desarrollo del individuo ocurre en varias etapas, y el crecimiento de la personalidad de uno es tarea del ego y del proceso social conjuntamente para mantener esa continuidad que une la ineludible discontinuidad entre cada una de las etapas.

Las ocho etapas en el desarrollo psicológico del ser humano son: infancia, niñez temprana, edad del juego, edad escolar, adolescencia, edad adulta joven, edad adulta, y ancianidad. Cada una de estas etapas se caracteriza por una tarea específica de desarrollo, y la sociedad exige al sujeto dominar esa tarea en una determinada etapa. Esto crea un conflicto o crisis en el desarrollo individual. "Crisis" aquí la entiende como un "momento crucial" o un "segundo nacimiento", con una potencialidad muy grande para el desarrollo de una sana personalidad. Solo en la crisis se revela en si mismo lo mejor que hay en una persona. La idea que tiene Erikson de la crisis es importante. Nos da luz para ver las dificultades y obstáculos como caminos para crecer de una forma auténtica, y la oportunidad de ver las propias capacidades.

Unido a esto está el problema clave de la identidad. A través del crecimiento propio a la edad adulta está la formación de la identidad, que incluye un proceso de reflexión simultánea y observación que tiene lugar a todos los niveles del funcionamiento mental. Es un proceso dinámico siempre cambiante y siempre en desarrollo. Es una etapa de ser y llegar a ser. En este proceso de crecimiento, la verdadera identidad religiosa depende principalmente del apoyo recibido

¹⁸ Cf. E. ERICSSON, *Life History and Historical Moment* (W.W. Norton: New York 1975), p. 19.

del sentido colectivo de identidad de la comunidad religiosa. La formación de la identidad es relativamente exitosa en la formación continua religiosa porque el desarrollo psicológico lleva a través de la realización de las fases adultas a la integración final.

En el proceso de formación continua, el periodo de edad adulta puede ser o bien muy enriquecedor o justamente lo opuesto, tanto a nivel personal como a nivel comunitario. Puede beneficiar tanto al religioso más joven como al de mayor edad. El religioso más adulto puede aportar a la generación más joven su experiencia de vida más profunda, y los más jóvenes pueden aportar sus valores modernos a los religiosos de más edad. De esta manera tanto la vida personal como la vida comunitaria se enriquecerán mutuamente.

En la formación continua, en la reestructuración de la personalidad, es extremadamente importante dar una oportunidad al individuo para ver su personalidad en sus niveles más profundos y reconstruir su vida a la luz del Evangelio. Es también muy importante en el proceso de la formación continua, incluso aunque sea tarde, proporcionar oportunidades y conocimiento para integrar la vida y evitar la desesperación. Por eso una comunidad necesita contar con profesionales que pueden ayudar a los religiosos a ser capaces de conducir la propia vida a la luz de Cristo y lograr la integración mientras se acercan a la ancianidad.

5.1.2. *Erich Fromm*

La aportación de Fromm a nuestro estudio de la formación continua religiosa comienza con la distinción que él hace entre dos componentes de la personalidad: el primero es el temperamento, que comprende los dones y cualidades psicológicas heredadas; y el segundo es el carácter, que está formado por las cualidades adquiridas. Las herramientas básicas para el desarrollo del carácter de la personalidad de uno son aquellos dones y cualidades que uno ha heredado y que son elementos constitutivos permanentes de la constitución física de una persona. El esfuerzo consciente realizado por parte del individuo es también modificado por influencias socio-culturales del medio ambiente. El carácter de una persona es expresión del grado al que uno ha llegado en el arte de vivir, y es en este dominio del carácter, que la personalidad de uno está estabilizada.

Hay dos paradigmas básicos, según Fromm, que existen el uno junto al otro en cada individuo. Uno es el carácter productivo, que se concentra en darse a los otros a través del amor y el trabajo. El otro es el carácter no productivo, que no solo no es capaz de producir sino que tiene que recibir de los otros lo que necesita. Esto puede ocurrir bien por un comportamiento pasivo, bien por algún esfuerzo

activo. En el desarrollo del carácter, existen, según Fromm, dos factores que influyen en este proceso. Uno es el factor socialización, en virtud del cual una persona se relaciona con los otros y consigo y esta dispuesta a ofrecer cuidados. El otro es asimilación por el que uno adquiere o asimila objetos deseados. Una persona bien adaptada posee un carácter basado en un paradigma bastante consistente en el que ambos procesos han sido propiamente armonizados¹⁹.

Básicamente, la vida de una persona consagrada es una llamada a estar al servicio de los otros. Por eso, es obvio que el religioso debe ser productivo tanto a nivel personal como comunitario así como a nivel de apostolado de acuerdo con el carisma del instituto. Por la práctica continua del amor, uno es capaz de desarrollar este carácter productivo. Disciplina, concentración y paciencia son, en opinión de Fromm, las cualidades que uno necesita para practicar el amor²⁰.

Una de las principales aportaciones que Fromm hace a la psicología en el crecimiento personal hasta hacerse una personalidad productiva es su insistencia en algunas necesidades básicas existenciales.

1. La necesidad de la relación. Esto se refiere a la necesidad de unirse con otros seres vivos. Considera el estar relacionado con otros como una necesidad intrínseca, hasta el punto de que la sensatez de uno depende de la realización de estar relacionado.
2. La necesidad de trascendencia: implica la necesidad de elevarse por encima de la sensación de ser una criatura, y llegar a ser en cambio un creador por derecho propio, promoviendo o engendrando vida.
3. La necesidad del arraigo. Esto se refiere a los lazos afectivos con otros. Sin estos vínculos fuertes, uno sufriría un aislamiento absoluto y se sentiría perdido en este mundo.
4. El sentido de identidad. Esta necesidad brota de la misma condición de la existencia humana, y es la fuente de los esfuerzos más intensos. Y
5. La necesidad de orientación: O al menos, que uno tenga un marco de orientación, y esté en contacto con la propia realidad de forma objetiva.

Si la formación continua puede proporcionar a los religiosos medios para releer el arraigo de su existencia les ayudará a profundizar en esta necesidad humana para que esté bien enraizada. Incluso en la singularidad del carisma de su instituto, este arraigo encontrará su centro en los valores del Evangelio y en las enseñanzas de Jesús. Una verificación puntual como retiros mensuales, ejercicios espirituales anuales y prácticas semejantes ayudarán al religioso a profundizar en su arraigo.

¹⁹ Cf. E. FROMM, *The Art of Living* (Harper & Brothers: New York 1956), p. 23.

²⁰ Cf. E. FROMM, *op. cit.*, pp. 108-110.

5.1.3. *Carl Rogers*

La contribución de Rogers se basa en el funcionamiento completo de la persona humana. Él cree que cada persona humana tiene inmensas posibilidades internas y se pide que las realice. Llama a este proceso de realizarlas “auto-actualización” Las opciones personales juegan un papel importante en este proceso de ser uno mismo y en la auto-actualización propia²¹. Para actualizar las verdaderas posibilidades propias uno debe seguir las orientaciones internas suministradas por un sistema de valores. Esta auto-actualización se obtiene por un reconocimiento positivo de parte de los otros. De esta manera, los programas de formación continua religiosa ayudarán al religioso individualmente a centrarse en la importancia de encontrar las propias posibilidades y también en llegar a ser realmente uno mismo.

En el mundo moderno existen varios caminos para conseguir la auto-actualización. El trabajo, las drogas, la soledad y la oración son algunos medios usados por la gente para llegar a ser auto-actualizados. Rogers da importancia al proceso de la formación de un sistema orgánico de valores. Según esta teoría, una persona auto-actualizada está en contacto con la experiencia interior que es inherente al proceso de crecimiento. Las experiencias se valoran en términos de crecimiento, y esta fuerza llega a ser una guía subconsciente que ayuda al individuo a escoger aquellas cosas que promueven el crecimiento y a rechazar lo que impide el crecimiento. Él llama a esta tendencia, la tendencia formativa, que él la contrapone con la otra tendencia del hecho fortuito²². Sin un testigo auténtico de testimonios vivos no es fácil iluminar los valores del Evangelio. De ahí la importancia de comunidades e individuos que testimonian su forma de seguir a Cristo.

Rogers propone otro aspecto que nos ayuda a comprender el proceso para llegar a ser una persona madura. Se refiere a una discrepancia entre el “ideal de uno mismo” y “el real de uno mismo”. El real de uno mismo contiene las cualidades reales o verdaderas de una persona que él llama la tendencia que actualiza. Llama *incongruencia* al conflicto entre el real y el ideal. Una persona experimenta el real de uno mismo como amenazador cuando existe incongruencia. Pero, cuando existe libertad uno se puede mover en su pensamiento, sentimiento y ser, en cualquier dirección que intente esa persona. Por este proceso el individuo ensombrece las falsas máscaras, frentes,

²¹ Cf. C. ROGERS, *On Becoming a Person* (Mifflin: Boston), p. 13.

²² C.F. ROGERS, “The Foundation of the Person Centred Approach”, en *Education* (1979) 100, pp. 98-107.

papeles del yo ideal, y gradualmente descubre algo más básico y verdadero del yo real²³. Caminar hacia el yo real, para la formación continua de un religioso, es una forma de llegar a ser una personalidad madura y una persona con plena actividad.

Para eso necesita uno, antes que nada, apertura con relación a las propias experiencias. El primer paso en esta dirección es la buena disposición para ser consciente del yo propio, y esto puede realizarse despojándose de barreras e inhibiciones. Estas barreras, como el concepto falso de uno mismo y la no aceptación de los otros se eliminan por la auto-conciencia y por la apertura a los otros. Para que se de un cambio positivo, la persona debe percibir las tres características que Rogers considera esenciales para una relación exitosa: autenticidad (es decir, estar en contacto con la propia experiencia interior y ser capaz de expresarla cuando sea necesario), empatía (es decir, comprender los sentimientos y creencias de la otra persona) y una mirada incondicionalmente positiva (es decir, un respeto y cuidado, ni posesivo ni crítico, por el auto-concepto y los sentimientos de la otra persona).

5.2. Aspectos espirituales de la transformación

Desde el punto de vista espiritual debe señalarse que la transformación debe atribuirse en primer lugar a la gracia de Dios, pero que implica también la cooperación humana. En este sentido, la transformación también se puede llamar conversión²⁴. Cuanto más auténtica y más profunda sea la experiencia, más profundos serán los cambios en la persona. Del mismo modo, se puede decir que es muy difícil cambiar la vida de una persona si no hay experiencias significativas²⁵. Una persona espiritual es alguien que ha decidido responder a la llamada de Dios que ha experimentado, y se esfuerza por hacer esa llamada el centro de la actividad y de su elección. En otras palabras, la llamada llega a ser el factor integrador para esa persona. Por eso se puede insistir en esta verdad de que la vida espiritual llega a ser el trabajo de toda una vida.

La transformación espiritual es la firme convicción de la presencia permanente de Dios más que una experiencia particular e incluso un conjunto de experiencias. Es la reestructuración de la conciencia

²³ Cf. ROGERS, *On Becoming a Person*, p. 339.

²⁴ Cf. B. BAYNHAM, "Transformation", en *The New Dictionary of Spirituality*, p. 967.

²⁵ Cf. E. ALBERICH - J. VALLABARAJ, *Communicating a Faith that Transforms. Handbook of Fundamental Catechetics*, p. 77.

personal en la que la divina realidad se percibe como presente. Uno puede crecer hacia la edad adulta física meramente respirando, pero se requiere mucho más para la madurez y el desarrollo emocional y mucho más todavía para un desarrollo espiritual completo. No es conociendo simplemente a Dios como uno se transforma, sino estando completamente unido a El como uno alcanza su último destino.

5.2.1. *Estadios de la transformación espiritual*

Se requiere tiempo y espacio para que la transformación espiritual se produzca. El individuo pasa por un número de etapas en todo el proceso de llegar a ser una persona espiritual. La persona debe experimentar crisis, resistencias, rendiciones e integridad²⁶. Cuando la persona consagrada comienza a integrar las distintas experiencias y los elementos de la vida, entonces comienza a tener lugar la transformación.

El primer estadio es la inquietud o la crisis. El individuo se ve confrontado con un número de preguntas existenciales como ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi unicidad en el mundo? ¿Cuál es mi misión especial? Es en estos momentos cuando el individuo tiene que responder las preguntas para verificar la propia existencia. Cuando uno encuentra el corazón de sí mismo, su verdadero yo, es cuando tiene lugar la transformación.

El estadio siguiente podría ser la lucha. A veces se llama la experiencia del desierto, cuando uno tiene que esforzarse por dejar las cosas que resultan confortables a la persona y a las que uno se ha acostumbrado. El precio de este despojo es muy alto, porque existe inseguridad e incertidumbre.

Sumisión a Dios es el siguiente estadio importante. En esa situación de lucha, el individuo siente la necesidad de un abandono incondicional y total a Dios. Es un estadio difícil pero, una vez rendido y sometido el individuo encuentra la paz.. Esta sumisión a Dios incluye renuncia a toda vana ilusión, a las imágenes falsas de Dios, a una exagerada valoración de las capacidades personales y, entregándose a la voluntad de Dios, encontrar la paz.

El estadio final de la transformación espiritual es la integración. Integración significa capacidad para unir todos los aspectos de la vida, incluso en medio del esfuerzo personal. Fundamentalmente, es una llamada a la realidad, o al radicalismo. La transformación espiritual total está en esta radical reorganización de la propia vida.

²⁶ Cf. C. SERRAO, *Discernment of Religious Vocation. Formation Towards Transformation*, pp. 140-142.

5.2.2. *Metas de la transformación espiritual*

La vida de la persona consagrada no es una vida estática, sino dinámica y en continuo proceso, donde el objetivo último y final de la propia consagración conduce a ese individuo a la transformación espiritual. Esta transformación para llegar a ser una persona espiritual es un proceso gradual, con compromisos diarios hacia la propia misión y llamada. La configuración con Cristo e intimidad con Él exige un proceso continuo de conversión o de transformación espiritual. De hecho, la meta de la transformación espiritual sería la integración de la personalidad madura. Las metas intermedias serían como pequeños escalones que uno tiene que subir para alcanzar la meta final.

1. *Conversión radical*: La conversión es la transformación radical en todas las dimensiones de la experiencia humana. Comprende las dimensiones afectivas, morales, socio-políticas, intelectuales y religiosas. De todas estas dimensiones, la dimensión espiritual es central, e incluye el significado más pleno de la conversión. El movimiento de la conversión radical es un movimiento de fe, es un don y comienza dentro del propio ser. Es importante que el individuo esté abierto desde la fe para recibir este don de tal manera que la conversión pueda realizarse radicalmente y afecte a cada elemento de la personalidad del individuo y de la vida.

2. *Configuración con Cristo*: La vida de la persona consagrada y su desarrollo hasta la madurez debe entenderse en términos de configuración con Cristo. Este es el punto de salida y la meta hacia la que tiende cualquier aspecto de la vida de la persona consagrada. Constituye el tejido de la vida entera de la persona consagrada y de la comunidad. Esta configuración debe realizarse de tal forma que por el testimonio de los religiosos el mundo sea consciente de Cristo y de su Iglesia. Todo intento de la persona consagrada de hacerse discípulo de Cristo (*sequela Cristi*) hace esta configuración más real. La vivencia de los consejos evangélicos — pobreza, castidad y obediencia — es otra ayuda para una configuración real con Cristo.

3. *Intimidad creciente con Cristo*: Esta es otra meta importante de la transformación espiritual, en cuanto incluida en el significado de la consagración religiosa. Para adquirir esta intimidad con Cristo, uno tiene que desarrollar la capacidad de relacionarse profundamente con Cristo, que a su vez requiere otras intimidades, como por ejemplo, con uno mismo, con otros y últimamente con Dios. La intimidad con Cristo se expresa por una auto-entrega generosa y una auto-rendición a Cristo tanto en la comunidad como en el apostolado.

4. *Crecimiento integral de la Personalidad*: El significado pleno de la transformación espiritual está en la capacidad del individuo para lograr la integridad personal y la totalidad. A nivel práctico, los autores espirituales sugieren un número de pasos para conseguir este crecimiento integral de la personalidad, cada uno de acuerdo con su orientación espiritual. Por ejemplo, podían ser: consciencia, sensibilidad, aceptación, reflexión, convicción, decisión para cambiar, compromiso, acción y evaluación²⁷. Otra sugerencia consiste en una cuádruple fidelidad: fidelidad a Cristo y al Evangelio, fidelidad a la Iglesia y su misión en el mundo, fidelidad a la vida religiosa y al carisma del propio instituto, y fidelidad a la humanidad y a nuestro tiempo²⁸. Todavía otros podrían ver la integración como una quintuple conciencia de unidad con: uno mismo, Dios, la comunidad, la sociedad y la naturaleza²⁹.

5. *Contemplación*: En la mente de grandes maestros espirituales como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, la transformación espiritual alcanza su más alto grado y perfección en una unión íntima y en una identificación total con Cristo, que conduce a la contemplación del Señor. Contemplación significa ver las cosas como Dios las ve. En la visión contemplativa uno percibe el trabajo transformador de Dios en el mundo. El estado de contemplación es así, la meta última de la transformación espiritual y la plenitud de la consagración religiosa. Esto podría también llamarse, vivir conscientemente la presencia de Dios.

5.2.3. Fuentes de la transformación espiritual

La transformación espiritual ocurre cuando la persona humana colabora con la gracia de Dios. La gracia de Dios está concretamente disponible para la persona consagrada a través de cuatro fuentes principales, y con su ayuda uno es capaz de la transformación espiritual profunda y de estar abierto a la trascendencia y por consiguiente a una relación con Dios y con Jesucristo, en el Espíritu Santo. Las cuatro fuentes de energía para la vida espiritual son las siguientes:

1. *La Palabra de Dios*: La Biblia, que es la fuente y el manantial de la Palabra de Dios, ha jugado un papel importante en la vida espiritual de muchas personas a lo largo de los siglos. Una escucha orante

²⁷ Cf. P.J. ABRAHAM - B. PARANGIMALIL, *Images for Human Wholeness*, p. 49.

²⁸ Cf. A. PARDILLA, *Christ's Way of Life at the Centre of Formation of Religious Life*, p. 271.

²⁹ Cf. D.S. AMALORPAVADASS, *Integration and Interiorisation*, p. 10.

de las Escrituras abre el corazón de uno a escuchar no sólo palabras acerca de Dios sino palabras de Dios. Es por eso, un medio de gracia para ayudar a uno en su viaje hacia una relación sagrada con Cristo y una comunión sagrada en la Trinidad. El Espíritu Santo juega también un papel importante para entender las Escrituras. Los profetas, en su llamada y en su respuesta a la llamada, muestran el poder y la centralidad de la Palabra de Dios. La Palabra tiene fuerza para iluminar y transformar la vida. Uno que es tocado por la Palabra de Dios se transforma personalmente, y esta transformación repercute en la vida de uno, en la comunidad y en el apostolado.

2. *El Carisma*: Es el don especial de Dios a un instituto religioso, para bien de la Iglesia. Es el camino del Espíritu Santo para mostrar la riqueza de la práctica de los consejos evangélicos de un modo especial. El carisma puede definirse también como una ventana a la Palabra de Dios, o una visión enmarcada en la gente que sigue a Jesús, que les atrae para actuar de una forma semejante. Si bien es cierto que los Fundadores y las Fundadoras desean vivir todo el Evangelio, les impresionaba particularmente algunos pasajes concretos del mismo, y basaron el estilo de sus vidas y su apostolado en esos pasajes. La gracia y la llamada a vivir el carisma de los fundadores forman parte del maravilloso plan de Dios para salvar al mundo. La persona consagrada que vive estos carismas encuentra en ellos el potencial que transforma su vida para ser cada día persona más espiritual por medio de su vida y su servicio.

3. *Apostolado*: La llamada de Dios a la persona consagrada es un don para ser compartido con otras personas. Este compartir es el apostolado. Así como el Señor reunió a sus discípulos para estar con El y después ser enviados a predicar (Mc. 3,14), así, también nosotros podemos hablar de dos partes del proceso de participación en la misión: la primera parte implica unión con Cristo, es decir, centrar la propia vida en Cristo, y en segundo lugar está la implicación en la misión, que consiste en proclamar a Jesús a los otros. De esta manera, el apostolado también tiene su lugar en la transformación espiritual del religioso, porque exige una unión con el Señor antes de comprometerse en el apostolado. Es la intensidad del aferramiento de uno al Señor la que hará fructíferas las actividades ejercitadas en el servicio a los otros. Es la unión profunda con el Señor la que nos capacita para comunicar y confirmar con la vida el mensaje de Cristo a la humanidad, en un lenguaje que se entienda.

4. *Sacramentos*: Los sacramentos son canales de la gracia y del poder de Cristo y son las fuentes más vigorosas para el crecimiento espiritual y la madurez de la persona consagrada. De un modo particular, la Eucaristía llega a ser el corazón de la transformación espiritual. Los religiosos son capaces de alimentar su vida de este

sacramento central de la vida cristiana. Sobre todo, la Eucaristía comporta la comunión con Cristo, y fortalece el compromiso de los religiosos. La confesión y la Eucaristía tienen que ser, sobre todo para las personas consagradas, un instrumento irremplazable de purificación, fortaleza, iluminación y unión con Dios.

6. Dimensiones de la formación continua religiosa

La formación continua religiosa afecta a la persona consagrada en todos los estadios de la vida, y así, además de ser todo incluyente en tanto en cuanto se refiere a los distintos estadios y momentos de la vida del religioso, es igualmente todo inclusivo aún en lo que se refiere a la persona entera. Es preciso afirmar dos premisas antes de entrar en la discusión de las dimensiones de la formación continua religiosa.

Primero, cualquier momento o estadio en el proceso de formación religiosa abarca todas las dimensiones del individuo porque la antropología requiere una promoción integral de la persona³⁰. Sería una forma desproporcionada de mirar a una persona en formación, considerar sólo una dimensión, dejando el resto al margen. Como por ejemplo, cuando un religioso está realizando un entrenamiento profesional, o está comprometido en los estudios, sería impropio considerar que sólo se está formando la dimensión intelectual, sin consecuencia alguna para la vida espiritual de esa persona, o para los aspectos culturales, o para la eficacia apostólica de esa persona.

En segundo lugar, se debe grabar en la mente que cualquier proceso de formación es, en principio, un proceso de aprendizaje, que implica cambio, crecimiento y transformación de toda la persona y, por consiguiente, toca las distintas dimensiones del individuo³¹. Aunque estamos de acuerdo y reafirmamos la convicción mencionada anteriormente, de que una de las características de la formación continua es que sea integral, solamente por razón de una idea más profunda de los diferentes aspectos influenciados por este proceso de formación, consideramos separadamente las distintas dimensiones del proceso de la formación continua religiosa.

Examinaremos las cinco dimensiones siguientes de la formación continua religiosa: humana, espiritual, doctrinal, cultural y carismática.

³⁰ Cf. L.M. RULLA, *Anthropology of the Christian Vocation*, Vol. 1 (Inprenta Universidad Gregoriana: Roma 1986), p. 33.

³¹ Cf. M. ANATHARACKAL, *Psycho-Spiritual Dimensions of Formation*, p. 218.

6.1. Dimensión humana

Vita Consecrata afirma que la formación debe comprender toda la persona, en cada aspecto de su personalidad, a nivel de comportamiento y de intención (VC 65). Puesto que la persona humana es un ser consciente y libre, que ha sido llamado para crecer en la propia plenitud, esto debe llevar al autodomínio en libertad, e implica la responsabilidad personal para vivirlo en interrelación, esforzándose por conseguir la plenitud propia y de los otros.

La vida es un viaje continuo hacia la madurez que no puede obtenerse excepto por los recordatorios constantes de este hecho durante la formación. La dimensión humana de la vida consagrada requiere auto-conocimiento y una conciencia realista de las propias limitaciones. Las relaciones con los otros ocupan un lugar particular en la vivencia propia en comunidad y en el apostolado. Por eso hay que conceder especial importancia a la libertad interior de las personas consagradas a través de su madurez afectiva, su capacidad para comunicarse con otros con serenidad, especialmente en su propia comunidad, y con compasión para aquellos que sufren, tanto en la comunidad como aquellos con quienes tratan en su campo de apostolado.

Tanto para la vivencia comunitaria como para el trabajo en el apostolado, la persona consagrada requiere un cierto grado de inteligencia, que abarca la capacidad de entender lo que está ocurriendo en la relación y en el trabajo. La formación de la inteligencia comprende cuatro funciones principales: analizar, sintetizar, relacionar y juzgar³². Esta inteligencia, es verdad, puede llamarse a veces *sentido común* y así la inteligencia podría entenderse como el ejercicio consciente del *sentido común*.

Junto a la formación de la inteligencia, el camino para la madurez humana requerirá también la formación de la propia voluntad. La voluntad de una persona establece una línea de conducta que guiará y controlará el ser total de uno. La formación de la voluntad implica el ejercicio de querer hacer el bien, querer hacerlo seriamente, eficazmente y buscando siempre realizarlo. Otro aspecto de la formación de la propia voluntad incluye la renuncia a los caprichos propios eligiendo responsablemente hacer los propios deberes y renunciar a los proyectos personales libremente, para defender la propia dignidad y la dignidad de las elecciones de los otros.

Otro aspecto de la formación y crecimiento humanos consiste en la responsabilidad de desarrollar las capacidades, los talentos dados

³² Cf. M. MARCIEL, *Integral Formation of Catholic Priests* (Alba House: New York 1992), p. 26.

por Dios. La misma vida de uno es un don de Dios y vivir esta vida requiere la plena colaboración del individuo para disfrutarla haciendo buen uso de la propia vida, los propios talentos y capacidades tanto para el bien de los otros en la comunidad y en el ejercicio del apostolado.

Con la fuerte convicción de que la espiritualidad no puede ser desarrollada sin humanidad, el desarrollo personal tiene que comenzar con una formación humana bien fundamentada. Un desarrollo sano de la personalidad es el suelo más fértil en el que la gracia puede enraizar, crecer y producir frutos. El desarrollo humano se realiza por etapas, y cada etapa supone que la etapa o estadio previo se ha construido bien y que sobre esa se construye el siguiente estadio del desarrollo humano. Este principio requiere que cada individuo conozca donde está y esté profundamente comprometido a seguir adelante, paso a paso, en su camino personal³³.

Finalmente, el religioso debe conservar en la mente que este crecimiento y madurez personal humana debe continuar según el patrimonio espiritual del instituto. La plenitud de la llamada y el compromiso del individuo radican en estar de acuerdo con el estilo específico de llevar a cabo el apostolado. El carisma del instituto encontrará su pleno florecimiento en un individuo cuando exista una madurez integrada de los distintos elementos de la personalidad³⁴.

6.2. Dimensión espiritual

Las Directivas sobre Formación en los Institutos Religiosos (Potissimum Institutionis) presenta tres motivaciones básicas para la formación continua espiritual: 1. La persona de un consagrado requiere ella misma una especial atención personal a la acción del Espíritu; 2. El contexto rápidamente cambiante en el que vivimos exige que la persona consagrada tenga profundas raíces espirituales; y 3. El futuro de cada instituto religioso está fuertemente vinculado a la formación espiritual de sus miembros³⁵. Se opta, por consiguiente, por la formación de la dimensión espiritual de las personas consagradas.

³³ Cf. A. WILKIE, "The Teaching of Spirituality", en "The Formation Programme of Religious Orders", en *The Way Supplement* (1995) 84, p. 55.

³⁴ Cf. B. MARINELLI, "Contributions Towards The Integrated Formation of The Person", en J. COTTON (Ed.), *Growing Together in Christ. Personal Development in the Religious Life* (New City: Dublin 1988), p. 123.

³⁵ Ver: CONGREGACIÓN PARA INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Potissimum Institutionis, Directives on Formation in Religious Institutes, 2 de febrero de 1990* (Libreria Editrice Vaticana: Vatican City 1990), n. 67.

Según la misma naturaleza de la vocación y la vida de una persona consagrada la búsqueda de Dios y el desarrollo de la vida espiritual adquieren una importancia particular, que tiene su expresión concreta en diferentes formas de ascetismo y espiritualidad. De hecho, todas las otras dimensiones de la formación encuentran su plenitud en la formación espiritual. Los ejercicios necesarios para desarrollar la dimensión espiritual son: escuchar y meditar la Palabra de Dios, sed de oración, respuesta a las mociones del Espíritu Santo, compromiso para el servicio de los demás, voluntad de sacrificio y deseo de profundizar las experiencias espirituales.

Teológicamente hablando, el objetivo de la formación espiritual es la perfección de la caridad. Dios es amor, y por lo tanto conseguir la dimensión espiritual implica fidelidad constante al desarrollo de una relación íntima con Dios, expresada en una amistad con Cristo y culminando en una unión íntima con Él³⁶. No se niega el hecho de que la formación espiritual esté motivada antes que nada por la iniciativa de Dios que llama a cada uno en cada momento y en cada circunstancia de la vida. Por tanto, la base de la dimensión espiritual en el religioso es justamente la conciencia de que la vocación de cada uno viene de Dios. Por lo tanto, es necesario discernir constantemente esta llamada, y seguirla fielmente, es decir, ser fiel constantemente a la voluntad de Dios en cada momento de la vida.

Unido a esta conciencia está el papel especial que tiene el carisma del fundador en la vida espiritual de uno. Es un don del Espíritu que los religiosos han de recibir, guardar, profundizar y desarrollar constantemente. Por este motivo, uno necesita prestar atención minuciosa a los signos del Espíritu. La persona consagrada hoy debe ser sensible y dócil al mismo Espíritu y permitir ser conducida por ese Espíritu. Una ayuda importante para el pleno desarrollo de este carisma es un examen continuo de conciencia para asegurar la fidelidad al Espíritu que actúa en la vida de uno.

6.3. Dimensión doctrinal

Las Directivas sobre Formación en los Institutos Religiosos (Potissimum Institutionis), una vez más, dan algunas ideas claras sobre la actualización doctrinal, al sugerir una profundización de las perspectivas bíblica y teológica de los religiosos. Este documento recomienda

³⁶ Cf. M. KATO, *Christian Self-Surrender. Spiritual Transformation in the Paschal Christ* (Universidad Pontificia de St. Tomás de Aquino: Roma 1988), p. 20.

también la lectura de lo enseñanzas eclesiales, tanto del magisterio universal como de la Iglesia local³⁷.

En caso de miembros sacerdotes, sería importante que se actualicen constantemente en su conocimiento doctrinal, bíblico, teológico, litúrgico y moral. Mientras la lectura de libros es importante y provechoso, no deben olvidar que deben ir a las fuentes originales para adquirir este conocimiento: Sagradas Escrituras, Tradición, Padres y Doctores de la Iglesia y Magisterio.

Las comunidades provinciales podrían ofrecer a sus miembros ocasiones para la formación continua en su dimensión doctrinal, organizando cursos o conferencias de naturaleza teológica, bíblica o espiritual para la actualización de sus miembros. Las comunidades locales por su parte, podrían ofrecer su contribución a la formación continua de la dimensión doctrinal proporcionando una librería bien nutrida en la comunidad que sea fácilmente accesible. Debería haber también suscripciones a boletines y revistas y otros materiales similares, para que los miembros puedan tener acceso a la información que podría ayudar su formación continua intelectual.

6.4. Dimensión carismática

En su Exhortación Apostólica, *Evangelica Testificatio*, sobre la renovación y adaptación de los institutos religiosos, el Papa Pablo VI hizo una referencia directa al carisma como el patrimonio de cada instituto religioso³⁸. El carisma del instituto religioso, un don del Espíritu Santo a la Iglesia, otorga una orientación constante a ese instituto y a cada uno de sus miembros, y permite al mismo tiempo libertad para el crecimiento interno de acuerdo con los nuevos tiempos.

Los Fundadores y las Fundadoras interpretaron el carisma que recibieron del Espíritu Santo, a la luz de la Palabra de Dios, y de acuerdo con las exigencias y necesidades de sus propios tiempos, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Estos carismas, que son distintos aunque no estén separados de las cualidades y dones personales, bien sean innatos o adquiridos, forman parte del apostolado y de la forma de vida de ese instituto religioso, es decir: en acción y en

³⁷ Cf. Potissimum Institutioni nr. 68

³⁸ Ver: PABLO VI, *Evangelica Testificatio. The Renewal of Religious Life According to the Teaching of the Second Vatican Council (29 Junio 1971)*, en A. FLANNERY (ed.), *Concilio Vaticano II. Los Documentos Conciliares y Post-Conciliares* (St. Pablo: Mumbai 2001), n. 11.

organización. Son un modo profundo de estar configurado con Cristo y testimoniar algunos aspectos particulares de su misterio.

Todos y cada uno de los miembros de un instituto religioso en el periodo inicial de su vida deberían asimilar este carisma institucional y experimentarlo prácticamente en el apostolado. Consiguientemente, uno debe juzgar la relevancia de tal carisma y re-expresarlo en las circunstancias cambiantes de la vida. Este patrimonio que es ahora formulado, expresado de nuevo, en términos de necesidades actuales de la sociedad, será transmitido a la próxima generación. La formación continua deberá exigir que los miembros tengan tiempo y ocasión para estudiar personalmente el propio carisma, reflexionar sobre la experiencia del mismo, y compartir estas reflexiones con otros.

El carisma de un instituto comprende intrínsecamente una dimensión comunitaria. Solo puede entenderse y ser reconstruido en toda su riqueza de valores y contenidos junto con otros miembros del instituto, porque todos ellos son conjuntamente depositarios y portadores de ese carisma³⁹. Una ayuda en este aspecto podría venir al compartir experiencias y reflexiones en las reuniones comunitarias y en la oración.

6.5. Dimensión apostólica

La formación continua de la dimensión apostólica de un religioso debe implicar una revisión constante de los objetivos del apostolado y una actualización regular de los métodos empleados en las obras apostólicas, pero siempre de tal manera que sea en fidelidad al espíritu del instituto y a las metas y al carisma del fundador. Será una forma de actividad que, por una parte será sensible a la rica tradición histórica de ese instituto religioso, y, al mismo tiempo, tendrá siempre una sensibilidad y atención permanentes a los cambios de las condiciones culturales, tanto a nivel general de la sociedad como a nivel local del apostolado⁴⁰.

Hay dos lados en esta dimensión apostólica. Uno consiste en mantener lo que pertenece a la tradición; el segundo afecta a la actualización de métodos y formas del ministerio y apostolado, de acuerdo con el desarrollo actual en el campo pastoral.

³⁹ Cf. F. CHIARDI, "The Charism of Founders and Foundresses, as Word of Life, Always Remains Uncontaminated, Prophetic and Current", p. 313.

⁴⁰ Cf. J. CASTELLANO, "The Founders Today. A Gift and a Challenge for our Time", p. 19.

El ministerio exige y quema energía y entusiasmo. Uno debe tener un mantenimiento adecuado para apoyar y fortalecer el esfuerzo en el ministerio a menos que uno manifieste una falta de motivación y una pérdida de significado, a aquellos para los que uno trabaja. Íntimamente relacionado con esto está la necesidad de evaluar los propios ministerios colectivos para determinar el nivel y la relevancia de su respuesta a las necesidades normales. La dimensión apostólica de la vida religiosa desafía no sólo a los individuos sino también a las comunidades a examinar periódicamente las necesidades actuales que se encuentran a través de los servicios individuales y de la comunidad⁴¹.

Así, la dimensión apostólica de la vida de un religioso llega a ser una de las más importantes áreas que exige una actualización y renovación constantes tanto a nivel personal como a nivel comunitario.

6.6. Dimensión cultural

Juan Pablo II nos dice en *Vita Consecrata* que la formación de la dimensión cultural debe basarse en un sólido entrenamiento teológico, que proporcione los medios para un sabio discernimiento, que implique constante actualización e interés especial en las distintas áreas hacia el que se dirige cada carisma (VC 71). Este acercamiento, garantiza a las personas consagradas permanecer tan abiertas intelectualmente y flexibles como sea posible para que el apostolado sea visto y realizado de acuerdo con las necesidades de tiempo y las propias circunstancias personales, y usando los medios que proporciona el progreso cultural.

En lo que se refiere a los aspectos culturales de la sociedad, se debe recordar que la sociedad en la que vivimos, está marcada por una tensión entre secularismo y auténtica vida de fe. Este reto puede tomar diferentes formas, y requiere un enfoque multidisciplinar para superarlo. Entre los retos que esta sociedad secularizada presenta y que podrían ser para muchos causa para abandonar su vocación religiosa, podríamos enumerar la mediocridad, la indiferencia, la tentación del activismo y la eficacia, arriesgando la fidelidad a los valores del Evangelio y, eventualmente, el debilitamiento e incluso la pérdida de la motivación espiritual.

Otro desafío de la cultura contemporánea es la tendencia individualista en la cultura moderna y la inclinación narcisista de la cultura postmoderna, que pueden erosionar la comunión de caridad

⁴¹ Cf. J. GYLLANZA, "Continuing Formation. Perspectives from *Vita Consecrata*", p. 474.

fraterna en las comunidades religiosas. Por este motivo, los religiosos están llamados a tomar conciencia y a convertir estos momentos de dificultad y desafío en momentos de gracia y crecimiento espiritual. Esto es posible mediante un esfuerzo por redescubrir el significado verdadero de los valores religiosos del amor fraterno en comunidad como contrario a las tendencias individualistas de la cultura. El redescubrimiento del significado y la calidad del amor fraterno en las comunidades se realizan en los acontecimientos diarios de la vida de comunidad. Tenacidad y fidelidad en la práctica de los consejos evangélicos, amor fraterno en el contexto de la comunidad y dedicación a la misión en el apostolado, garantizan este redescubrimiento.

7. El contenido de la formación continua

Es difícil referirse al contenido de la formación continua principalmente porque la formación continua no debe entenderse solo en términos de un contenido intelectual que hay que transmitir. Una vez más, uno no debería perder de vista el hecho de que este examen tiene un carácter duradero por toda la vida, como ha sido constantemente dicho y repetido en varios documentos eclesiales.

Adquirir información y actualizar esta información regularmente es fundamental en la vida del religioso, especialmente en este mundo moderno que se caracteriza por una avalancha de información y conocimiento. Y el religioso que no está actualizado en su información queda atrás y aislado en este mundo actual. Participación en seminarios, cursos y clases ayuda al religioso a permanecer atento a los desafíos sociales y culturales y le ayuda a estar preparado para afrontarlo.

Además, la formación continua toca todas y cada una de las dimensiones de los religiosos, y en este sentido, el contenido debe referirse a todas las dimensiones de la persona humana. Así, el contenido se percibe como algo que es inclusivo, porque debe acompañar cada estadio y cada momento de la vida del religioso. En este sentido, podríamos referirnos al contenido como un enraizar la propia vida en el Misterio Pascual, fundamento y base de la vida consagrada, madurez personal vista en las actitudes de uno, la estabilidad de los valores y la calificación profesional.

7.1. El Misterio Pascual

El misterio Pascual es el aspecto más básico en la vida de un religioso, y debería ser, por así decir, el corazón del programa de la formación continua, porque el Misterio Pascual es la fuente y la

madurez del religioso⁴². No se trata solo de un contenido meramente intelectual, sino de un fundamento real y espiritual sobre el que se forma la nueva persona. La vida de un religioso se centra en Jesús porque el religioso participa en la misma misión que el mismo Cristo vino a realizar, es decir, construir el Reino de Dios, y así el religioso representa a Cristo, en y por la comunidad, y actúa en nombre de Cristo.

El significado de la vida religiosa y la esencia de la espiritualidad de la vida religiosa están ambas conectadas con esta unión íntima que uno debe tener con Cristo. De acuerdo con la profundidad de la intimidad que el religioso es capaz de desarrollar con Cristo, la personalidad de ese religioso estará más en consonancia con la personalidad de Cristo y de ese modo logrará las metas de la vocación consagrada y de la espiritualidad de la vida religiosa. Ya que Cristo es el único y definitivo modelo para la personalidad de la persona consagrada, esta intimidad es el único medio para ayudar al religioso a asemejarse a Cristo, en su personalidad, en sus actitudes, valores, y enseñanzas. Tal unión se funda y se fomenta en la Eucaristía.

Por la celebración de la Eucaristía, el religioso participa estrechamente en el Misterio Pascual. Por esa misma celebración, también recibe la fuerza y las ayudas para vivir la intimidad con Cristo y así participar con El en el Misterio Pascual. Cuando un religioso permite a Cristo llegar a ser el centro de su vida no sólo cambiará el estilo de vida de la persona religiosa, sino que esa persona estará dispuesta, como Cristo, a dar su vida por otros a través del servicio en el apostolado y en el ministerio. La formación religiosa, y particularmente la formación continua religiosa, es un itinerario de cambio y conversión hacia la perfección de la caridad. Es un viaje que dura toda la vida y se completará solamente en la consumación final de la vida⁴³.

Es en el acontecimiento del Misterio Pascual donde la nueva persona nace por la consagración religiosa, y de nuevo el crecimiento a la plenitud de esa nueva persona tiene lugar en la participación constante de la celebración de ese acontecimiento pascual. Lo mismo que la pasión de Cristo, muerte, resurrección, ascensión y venida del Espíritu Santo son los acontecimientos centrales de la realidad cristiana, así también en la vida del religioso estos mismos acontecimientos, es decir, el misterio Pascual, ocupan un puesto central y le dan sentido y vitalidad.

⁴² Cf. A. PARDILLA, "Aspectos Bíblicos de la Formación en la Vida Religiosa", en *Unión Internacional de Superiores Generales* (1997) 96, p. 38.

⁴³ Cf. A. BEGHETTO, *Creer juntos en Cristo. La formación permanente del religioso* (Città Nuova: Roma 1989), p. 79.

7.2. Madurez personal

La madurez personal no se puede entender ni describir en términos objetivos, como si fuesen una especie de metas que todas las personas consagradas se espera que alcancen o adquieran. Puesto que cada persona es única y tiene experiencias distintas y un contexto específico, el punto de llegada de la madurez será necesariamente distinto para cada uno. Este término, “madurez personal”, se entendería mejor como el desarrollo pleno de las capacidades de uno, control de las emociones, comprensión y valoración realista de si mismo, una capacidad de establecer relaciones personales con otros. Una persona madura está abierta a la crítica, preparada para recibir observaciones de los otros y dispuesta a ser corregida por los demás. La persona madura es capaz también de tomar decisiones con un sentido de responsabilidad⁴⁴.

La madurez personal no se adquiere en un día, sino que requiere tiempo y esfuerzos. En primer lugar, uno debe ser consciente de la necesidad de hacerse maduro, y debería valorar tanto esta meta, que ningún sufrimiento, conflicto o problema fuese capaz de frustrar ese deseo. En segundo lugar, la madurez no puede ser un crecimiento desproporcionado sino que debe afectar a toda la persona — intelectual, espiritual, humana — es decir, debería ser un crecimiento integral. En tercer lugar, es esencial que el crecimiento hacia la madurez sea holístico para garantizar el crecimiento genuino del individuo. Finalmente, el principio de progresión, firmeza y constancia deben acompañar el crecimiento hacia la madurez⁴⁵.

El crecimiento en la madurez personal implica también cambio de actitud, que en el caso de la persona consagrada significa crecer hasta adquirir la actitud de Cristo (*Vita Consecrata* 69). La actitud, que es central a la persona y está profundamente arraigada en el individuo, se refiere al modo como uno percibe una situación particular y que urge a la persona a comportarse de una forma concreta. A causa de una característica profundamente arraigada de la actitud, un cambio en la actitud implicaría una acción triple: 1. En primer lugar abandonar la actitud y el comportamiento anteriores; 2. buscar un marco nuevo de referencia, nuevo conocimiento y nuevos modelos de conducta; y 3. finalmente, establecer esta nueva actitud y este

⁴⁴ Cf. I. PUTHIADAM, *Religioso y Madurez* (Asian Trading Corporation: Bangalore 1989), p. 135.

⁴⁵ Cf. R.A. COUTURE, “Afrontando el Desafío de la Educación Continua”, en *Revista para los Religiosos* 32 (1973) 6, p. 1333.

nuevo comportamiento recientemente adquiridos de tal manera que esta nueva actitud llegue a ser una parte permanente de la capacidad funcional de la persona.

7.3. Estabilidad de los valores

Para un individuo, los valores se refieren a esas elecciones en la vida que uno atesora y considera importantes dentro del marco de referencia de las metas que uno espera alcanzar en la vida. Por eso son de importancia fundamental en la vida de uno⁴⁶. Los valores pueden ser valores a largo plazo que proponen un ideal de vida y la finalidad de la vida de uno; o pueden ser valores instrumentales, en la medida en que sirven como estrategias o modos de comportamiento para conseguir los valores definitivos⁴⁷. En este sentido, “la imitación de Cristo” es para una persona consagrada un valor definitivo; así como los votos de pobreza, castidad y obediencia, como también la caridad fraterna en comunidad y el apostolado son valores instrumentales, porque son medios que ayudan a la persona consagrada a conseguir los valores definitivos.

Vita Consecrata amplía este valor definitivo y dice que los valores de la vida consagrada y las metas hacia las que se esfuerza la persona consagrada son la imitación de Cristo y la unión con Dios (n. 2). Los medios y los instrumentos para conseguir estos valores están mencionados más detalladamente. Son la caridad como signo de la libertad del corazón para servir mejor a los otros, y estar disponible para el Reino; la obediencia al plan divino como expresión y medio de la imitación de Cristo, y la pobreza como fruto del amor por la perfección y comunión con el pobre. Desear perder la propia vida por causa del Reino es una realización auténtica de los valores vocacionales que permiten al religioso realizar su pleno potencial.

Con relación a la estabilidad de los valores, se pide que el individuo, creciendo hacia la madurez, sea capaz de interiorizar estos valores para que lleguen a ser estables en el individuo. De ese modo el individuo debe avanzar desde un conocimiento intelectual de estos valores, superando una mera aceptación emocional de los mismos, hasta llegar finalmente a ponerlos en práctica, a vivirlos actuando de acuerdo ellos. Este es un trabajo importante en la formación continua de los religiosos.

⁴⁶ Cf. B. GOYA, *Necesidades y Valores, consistencia e inconsistencia vocacional*, p. 9.

⁴⁷ Cf. L. RULLA, *Antropología de la vocación cristiana*, p. 338.

Una vida que está claramente marcada por auténticos valores es importante, porque proporciona motivación para la vocación y la creación del carácter de la persona. Interiorizar valores no es ni fácil ni espontáneo, y su adquisición requiere las cuatro etapas siguientes: 1. Tener un conocimiento suficiente del valor, 2. experimentar ese valor poniéndolo en práctica, 3. reflexionar sobre el valor para apreciar sus efectos, y 4. desarrollar una actitud en virtud de la cual se viva de acuerdo a ese valor⁴⁸. Está claro que el proceso de adquisición de valores hace entrar en juego todas las facultades humanas: cognoscitiva, emocional y operacional. No solo debería el aprendiz ser capaz de conocer lo recto y lo bueno, sino también sentir las emociones apropiadas, preocupaciones y compromisos así como ejercitar la voluntad haciendo lo correcto.

Por el constante aprendizaje y adquisición de valores, la persona consagrada se hace más y más semejante a Cristo, que es también la meta de la consagración religiosa. Solo cuando uno llega a hacerse maduro puede entender la importancia de la estabilidad de estos valores en la vida. Así, la adquisición y estabilidad de los valores correctos ayuda a la persona consagrada a llegar a ser más auténticamente religiosa.

7.4. Cualificación personal

Adquirir experiencia y competencia profesional es absolutamente esencial en la madurez no sólo de la persona seglar, sino que es particularmente cierto en el caso de las personas consagradas. Vivir la propia vida consagrada incluye también vivir el aspecto profesional de la propia vida bien para servir en el apostolado o para servir en la comunidad. Este aspecto profesional de una persona consagrada comienza con la selección de la carrera profesional, que normalmente debería hacerse en conformidad con los intereses de la persona, ideas, valores y significado de la vida y, por supuesto, capacidad. A esto sigue todo el proceso de hacerse un verdadero profesional en ese campo y, cuando eso ocurre, uno está en condiciones de llegar a ser una persona más madura.

La responsabilidad de llegar a adquirir una competencia profesional incluye y comprende todo lo que una carrera profesional demanda. Uno necesita encontrar las oportunidades para el estudio y el entrenamiento, y también tomar las iniciativas necesarias en la profesionalización de esos servicios de tal manera que uno pueda realizar

⁴⁸ Cf. H. CASTELLINO, "Caminos para la educación en valores", en *Vidyajyoti Journal of Theological Reflection* 66 (2002) 4, p. 280.

una función de calidad tanto en la comunidad como en el apostolado. Esto implicaría también, obviamente, esfuerzo para llegar a ser mejor y más competente para asumir los riesgos necesarios y no desanimarse por eventuales fracasos. Es en tales casos especialmente cuando el apoyo de la comunidad es necesario para ayudar a ese miembro a seguir adelante con constancia y determinación.

La formación continua del religioso con relación a la calificación profesional incluiría un nivel propio y un grado de estudio, oportunidades para un entrenamiento conveniente y los medios propios para obtener la competencia que es necesaria para la carrera profesional de uno. El conocimiento es un elemento importante en la calificación profesional. Juntamente con el conocimiento están también el área inmensa del ejercicio y la práctica que son necesarias para adquirir pericia y competencia.

La competencia en la vida profesional de una persona no puede limitarse solo a periodos de entrenamiento y estudio sino que, como en cualquier carrera y profesión, debería ampliarse hasta incluir la totalidad de la propia vida. Es, por así decir, como si la vida de uno fuese como una escuela en la que existen constantemente oportunidades y ocasiones de adquirir conocimientos necesarios, técnicas y capacidades. Haciendo todo eso lentamente, uno llega a ser competente en ese campo⁴⁹.

8. Dimensión pedagógica de la formación continua

Todos los seres vivos tienen un impulso interior hacia el crecimiento, la madurez y la propia realización. Crecer significa abandonar la seguridad del presente y adentrarse en el futuro desconocido. Esto requiere fe, esperanza y coraje para continuar creciendo y madurando. El crecimiento no es estático e inmutable; es un acontecimiento continuo, un proceso continuo, que no está completo hasta la muerte⁵⁰. La pedagogía formativa tiende un puente entre el ideal y la praxis con situaciones prácticas. Transformación significa crecimiento, madurez y conversión y, en el caso de la transformación religiosa, se inspira en el ideal de san Pablo “ser transformado a semejanza de Cristo” (Rom. 12,1). Además, todos los religiosos están llamados “a ser perfectos como mi Padre Celestial” (Mt. 5,48), y sólo una dedicación de toda la vida a la perfección conducirá a uno a la transformación.

⁴⁹ Cf. C.O. HOULE, *Aprendizaje continua en la Profesión* (Jossey-Bass: San Francisco 1996), p. 34.

⁵⁰ Cf. M. IRAGUI, *Madurez en la Vida Religiosa*, p. 43.

8.1. Condiciones personales necesarias

La acción pedagógica para favorecer la transformación consiste en asistir al sujeto de la formación continua para que sea capaz de entrar en la dinámica de la transformación. Para ello uno necesita animar al individuo a adquirir y madurar las siguientes condiciones.

1. *Abierto al crecimiento*: Esto significa una vida de total dedicación a la verdad, y por consiguiente una apertura al auto-examen y una voluntad de ser retado personalmente. Esto comprende, sobre todo, la vida de relación del individuo a nivel personal, interpersonal y trascendental. Apertura al crecimiento significa el proceso de llegar a ser menos defensivo y rígido, y más creativo y abierto a los sentimientos. El dinamismo de la vida desafía al religioso a la apertura del crecimiento.

2. *Evolución personal*: La mejor oportunidad para el crecimiento es el coraje para afrontar el cambio y tomar el rumbo decisivo para cambiar y evolucionar. Evolucionar es llegar a ser, avanzar desde lo que uno es hacia lo que uno debería ser. La evolución personal no es fácil porque requiere un viaje interior. Es una respuesta a una llamada para conocerse a sí mismo y entender la propia relación con las personas significativas de la vida de uno, incluido Dios. La personalidad madura evoluciona en sentido de cohesión e identidad personal de su propio yo. El amor es el elemento decisivo que hace a uno evolucionar, y actuar y reaccionar con creatividad.

3. *Preparado para re-estructurar*: Con todos los cambios que ocurren en el mundo altamente tecnificado de hoy, todos somos llamados a encajar, cambiar y por consiguiente a reestructurar el estilo de la propia vida. La madurez consiste en tomar decisiones sabias y acertadas. Por el compromiso personal uno descubre cómo moldear una vida equilibrada y dinámica en la que haya espacio para la soledad y la comunidad, el trabajo y el descanso, la autonomía y la intimidad, transformación personal y renovación social, oración y juego. Para reestructurar la vida uno necesita tener una visión clara de cómo debería ser la vida de uno, cómo deberían ser sus actitudes y así, con espíritu de adaptación, re-estructurar su vida de acuerdo con la nueva situación.

4. *Libertad interior*: La libertad es uno de los derechos humanos básicos, pero para asegurar la transformación es preciso ejercitar el discernimiento para ser capaz de reconocer los estímulos que requieren cambio y tomar la decisión correcta para responder en libertad. Esto requiere coraje y constancia para actuar en estas decisiones libremente: La responsabilidad es otra cualidad necesaria para ejercitar la libertad interior. Así, esta libertad interior implica honestidad, coraje, transparencia, autenticidad, madurez y responsabilidad.

8.2. Condiciones espirituales necesarias

En orden a proporcionar ayuda pedagógica para la transformación espiritual en la formación continua, debería facilitarse la presencia de algunas actitudes y condiciones. Esto se refiere a algunas cualidades y funciones muy importantes que deberían estar presentes en el sujeto.

1. *Auto-aceptación incondicional*: Cuando esta condición está presente el camino está abierto al crecimiento y a la transformación. El individuo debería estar disponible para reflexionar sobre la experiencia personal a través de etapas de interiorización, aprendizaje y crecimiento con conciencia de las propias necesidades y valores. Cuando esto está presente, uno es capaz de realizar una transformación personal en Cristo. Con la auto-aceptación uno es capaz de lograr la auto-integración, y esta auto-integración libera esa energía que le capacita para llevar a cabo las acciones que completan un esfuerzo re-orientador hacia las metas de la vida.

2. *Docilidad al Espíritu Santo*: Esta condición contribuye al conocimiento de uno mismo, de Dios y del mundo. Docilidad al Espíritu Santo es la capacidad para discernir la voz del Espíritu y dejarse conducir por esa voz. La voz del Espíritu puede aparecer en ocasiones como silenciosa, pero su mensaje lleva hacia un sentido de finalidad y significado. El pensamiento racional solo, no funciona; por eso la necesidad de la fe y la honestidad. Estas erradicarán el egoísmo, evitarán conflictos internos y llevarán a la paz de la mente.

3. *Identificación con Cristo*: El objetivo principal de la vida religiosa es la identificación con la actitud de Cristo respecto del Padre. Debe ser una relación de persona a persona si uno necesita entrar en el misterio de la vida de Cristo, pasión, muerte y resurrección, y trabajar para vivirlo interior y exteriormente. La identificación con Cristo y una madurez en la relación con Él ocurren principalmente a través de la práctica de los consejos evangélicos. Oración y contemplación son también útiles para obtener esta meta de la vida religiosa — la identificación con Cristo.

4. *Intimidad con Cristo*: Es la experiencia de cercanía o unión entre dos personas, y es el resultado de una relación prolongada. En la medida que uno crece en intimidad con Cristo hay también un crecimiento en gracia, un sometimiento a la acción del Espíritu Santo y un crecimiento en la semejanza con Cristo. Para una intimidad que merece la pena, el consagrado necesita tener una clara identidad religiosa.

9. El papel del instituto en la formación continua religiosa

En mi opinión, la mejor forma de concluir esta intervención sería en términos de ver cómo, un instituto religioso, a nivel práctico, puede ayudar en la formación continua de sus miembros. Este Encuentro de Formación con relación a los cohermanos en dificultad, celebrado a nivel internacional, en mi opinión, es ya una clara indicación de la seriedad que dan a este tema. En cuanto a mi, deseo concluir esta presentación dando algunas sugerencias generales y prácticas para la formación continua. No hay duda de que los participantes en este encuentro están en una posición mejor para ser más específicos y concretos en su planificación de la formación y en la toma de decisiones.

9.1. Plan de Formación del Instituto

Para garantizar la participación plena de la persona consagrada en la formación continua, el Instituto debería elaborar y dar a conocer a los miembros la *Ratio Formationis*, que deberá contener una descripción precisa y sistemática de su plan de formación. Esta *ratio* debe abarcar el diseño de formación comprensivo en todos sus detalles para que los miembros logren una imagen completa de su vida. La *ratio* debe describir extensamente las cualidades que los miembros deben tener, haciendo referencia a las distintas dimensiones — humana, espiritual, carismática, apostólica y cultural —. Estas cualidades serán los instrumentos de trabajo para ayudar especialmente a los cohermanos de edad media y mayores a cuidar y programar su transformación continua.

9.2. Formadores capaces y entrenados

Los miembros deberán ser también conscientes de que uno no puede ser excesivamente confiado y vivir en un aislamiento de autosuficiencia; más bien deberían estar convencidos de que ninguno puede estar tan seguro y entregado que no tenga necesidad de prestar cuidadosa atención a hacer esfuerzos específicos y concretos para perseverar fielmente en su vacación. Por lo tanto, el instituto debe identificar el perfil y el papel de los formadores en las diferentes etapas de la vida de uno, y de modo particular en las etapas iniciales de la formación. Estos formadores deberían tener el entrenamiento necesario y una actualización periódica para poder acompañar a los miembros en sus esfuerzos por identificar sus vidas con Cristo y adquirir una intimidad con Él.

9.3. Proporcionar momentos de formación

Una información actualizada y de calidad es muy importante para que nadie se quede estancado acerca de las exigencias de la vocación consagrada. Por lo tanto debería haber ocasiones como seminarios, conferencias y sesiones de estudio que proporcionen una entrada amplia y actualizada en varios temas: bíblico, litúrgico, espiritual, carismático, psicológico y apostólico. Estas sesiones equiparán a los miembros y les dispondrán mejor para usar la experiencia de sus vida diaria, tanto en la comunidad y en el apostolado, como en algunos momentos especiales para seguir con su formación continua religiosa y responder a su llamada religiosa, con una transformación psicológica y espiritual, y así, seguir adelante hacia la plenitud de su conversión.

9.4. El Papel del Instituto Religioso

Las comunidades locales, provinciales e internacionales también tienen un deber y servicio importantes en la formación continua religiosa de sus miembros, para promover en ellos el deseo de ser transformados constantemente y estar mejor dispuestos para conformar sus vidas a la de Cristo. Cada una de las comunidades (local, provincial e internacional), en su propio estilo, tiene un papel muy importante que jugar a este respecto por medio de una planificación y realización cuidadas. Participan también en la responsabilidad de la formación continua religiosa de sus miembros. Esto es verdad de modo particular para las comunidades locales, en la medida en que tienen oportunidades diarias para acompañar a sus cohermanos en su formación permanente.

9.5. El Papel de la oración

A través de la participación en la oración, personal y comunitaria, se puede obtener la purificación, y así una transformación interior, una *metanoia*, la base para una formación permanente. La actitud general para orar incluiría ser consciente de la presencia de Dios, y una disponibilidad general, respuesta y generosidad a su amor incondicional. En momentos habituales y específicos de oración, la Palabra de Dios debería tener un puesto relevante, y uno debería inclinarse a escuchar la Palabra de Dios, meditarla y ser generoso para responder como el Espíritu inspire. La *lectio divina* y su participación en ella ayudan al proceso de transformación. La meditación regular y la contemplación también ahondan la posibilidad de estar

en contacto con lo divino y ofrece una ocasión para el auto-conocimiento y el crecimiento. Por eso, la vida del individuo y el horario de la comunidad deberían estar organizados de tal forma que fomentase la disponibilidad total para la oración personal y comunitaria. Esto debería incluir también la liturgia, con un lugar central y particular concedido a la celebración de la Eucaristía, que no debería ser un mero ritual y una obligación. La celebración de la Eucaristía desarrolla la intimidad personal con Jesús. La celebración del sacramento de la Reconciliación es también un medio poderoso para un examen personal con una llamada a la conversión.

Cuando las personas consagradas acepten las oportunidades para conseguir las metas de su llamada y de su vida religiosa, estarán más conformadas con Cristo y serán capaces de profundizar en una intimidad cercana con Él. De esta forma se emplearán en una formación permanente de toda la vida. Permanecerán siempre en este espíritu de renovación de su llamada religiosa. Cada esfuerzo, por su parte, de imitar a Jesús contribuirá directamente a mantenerlos fieles a Él. Con la conciencia de la necesidad permanente de conversión y transformación, estarán siempre abiertos a las riquezas de las inspiraciones del Espíritu, se beneficiarán de las distintas ayudas que se ofrecen y, de esta manera, estarán comprometidos en el proceso de transformación y formación permanente. Serán fortalecidos, igualmente, para ser siempre fieles a la llamada de Dios y no habrá dificultad tan fuerte que no sean capaces de superarla.

Roma, enero 2007

(Traductor: FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.)